



Antonio Arroyo Almaraz, *Literatura española y medios de comunicación*, Madrid, Editorial Síntesis, 2016.

Debo de confesar que una de las lecciones que aprendí, dedicándole muchos años de mi vida investigadora a la figura de Alberto Lista, es que el estudio de la prensa de la época aporta datos intrahistóricos –obviamente también históricos– de primera importancia para comprender el entorno ideológico, e incluso cultural y humano, sin el que es imposible tener una idea cabal y contextualizada del escritor que se analiza.

En mi caso, ello supuso un intenso buceo en la prensa desde los inicios del siglo XIX hasta mediados de ese siglo, es decir, todo el recorrido vital de la figura de Lista. Y debo confesar al lector o lectora que encontré durante ese detenido estudio, siendo durante largos años diariamente asiduo a la Biblioteca Nacional, una gran parte de las hipótesis e ideas que luego he ido desarrollando en mis libros sobre romanticismo. Luego explico por qué cuento esta anécdota personal, que tiene su justificación.

El motivo es evidente: por un lado, los escritores suelen tradicionalmente estar vinculados a los medios de comunicación y la prensa. Ahí está la capacidad maravillosamente sintética de la crítica literaria de Azorín, que yo creo que se explica por el breve espacio de que disponía en la tercera de *ABC*, la cuarta parte de la página en tamaño folio, lo que quizás le llevó a crear todo un estilo de crítica literaria, sugerente, lírica e intensa. Esto luego lo desarrollaría de otro modo Francisco Umbral –con temas más políticos y diferentes–, generando las tiras de opinión que hoy avaloran a medios como *El País*, en donde destaca por ejemplo el estilo abstracto e irónicamente delirante, muy sarcástico, tremendo e incluso divertido, de Juan José Millás, o las columnas de Javier Marías, Javier Cercas y, en otro medio, los siempre curiosos textos de Arturo Pérez-Reverte.

Solo cito algunos ejemplos para justificar lo obvio: la relación entre periodismo y literatura, ya también en los magníficos reportajes sobre las cortes de Wenceslao Fernández Flórez, autor a redescubrir, independientemente de su sesgo ideológico.

Aparte de todo ello existe otro motivo importante para vincular literatura y periodismo: si ubicamos ideológicamente, de modo correcto, la fuente del medio en concreto, en este podemos encontrar ideas verdaderamente importantes para entender la intrahistoria, y no solo la historia de la época, y por tanto llegar a una comprensión más cabal del escritor que estudiamos, una comprensión no solo de las unidades culturales –que diría Eco en su tratado de semiótica– sino de muchos aspectos humanos, literarios e ideológicos que pueden arrojar luz sobre el autor que nos ocupa.

Estas dos ideas pueden parecer obvias pero, en la época en que yo estudié a Alberto Lista y los orígenes del romanticismo español, apenas contábamos sino con los, por otro lado, espléndidos volúmenes de Gómez Aparicio, la historia del periodismo español para los siglos XVIII y XIX de Seoane que editó Alianza, y que luego ha prolongado en el mismo sello con María Dolores Sáiz, y un antiguo y magnífico libro creo que de 1914, de Gómez Imaz, sobre los periódicos en la Guerra de la Independencia.

Hoy afortunadamente hemos avanzado mucho en el tema, y baste citar entre otros los textos de César Antonio Molina para el XX, y otros muchos que no señalo, algunos de ellos al amparo de la profesora Pilar Palomo, que desarrolló en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid su labor de magisterio.

De este modo el libro de Antonio Arroyo Almaraz que nos ocupa, está concebido quizás como un manual de conjunto, bien informado, para los alumnos de ese centro. Pero ofrece además, a través de un rico arsenal de sugerencias interpretativas que el lector o lectora puede fácilmente desarrollar, un claro ejemplo de la importancia de este binomio que antes he mencionado, entre literatura y periodismo, porque en él se pone de manifiesto también –es mi tema- la vinculación entre ideología y literatura, aquí a partir de la elucidación de los media.

El hecho es verdaderamente importante sobre todo hoy día, salvo que el escritor, como hemos hecho algunos, se recluya en el robinsoniano retiro de la pura literatura, compatible con la enseñanza universitaria, y que tiene sus ventajas e inconvenientes. Por ello parece objetivo señalar que el escritor hoy día precisa de la vinculación a un medio informativo, que por otra parte le define, y a la vez le apoya y ayuda a la difusión de su obra, e incluso al conocimiento que los lectores y lectoras puedan tener de aspectos personales, incluso de su intimidad ideológica, que normalmente no traslucen en su obra literaria.

Porque el otro recurso que nos queda para comprender a esos escritores robinsonianos, que no colaboran en la prensa, es quizás leer su poesía. Pienso en el ejemplo de José María Merino, destacado narrador que ha elegido ese camino, apartado de la colaboración con los media. El propio Merino es un autor que verdaderamente vive por y para la literatura, y siempre le agradeceré la generosidad con que prologó mi novela *Éxito* (Sevilla, Alfar, 2013), en la que intenté establecer un contraste entre los modos culturales de nuestra juventud y el arte que propugna la juventud de hoy día. Cuento esto porque el trabajo del profesor Almaraz también intenta, en cierto modo, definir la peculiaridad de los planteamientos culturales actuales, a partir de un recorrido desde las raíces del siglo XVIII.

Sentado esto, *va de soi* el interés que tiene la obra del profesor Arroyo Almaraz, que da pie a estas divagaciones iniciales, pero plenamente internadas.

Es un libro cuya lectura recomiendo, y que estudia la sinergia entre la literatura y los medios de comunicación como la prensa, pero también la fotografía, la radio, la televisión y el cine. Como he dicho, va dirigido a los alumnos de la Facultad en donde enseña en la Complutense, que estudian periodismo, imagen o publicidad.

En este libro, a través de numerosas sugerencias que se apuntan, se contextualiza el universo que define y arropa al hecho literario, que no podemos desvincular de este humus en el que surge y que le acompaña. Y ello aboca a una reflexión sobre la ruptura del arte literario actual, con innovadores discursos que

tienen su explicación en esta vinculación entre la literatura y los medios, lo que a la vez en muchas ocasiones sirve para definir los modos propios de la producción más específicamente literaria de los autores.

El estudio se inicia con un planteamiento acerca de los cambios sociales que surgen entre 1750 y 1870, destacando la figura de José María Blanco White. Yo aquí, por deformación profesional, habría tratado por encima de él a la figura de Manuel José Quintana, autor mucho más progresista en sus planteamientos, por ejemplo respecto a las colonias americanas, cuya independencia propugnaba, frente a la autonomía bajo otro borbón que quería Blanco. O la persona de Alberto Lista que, si bien nos resulta más antipático por su sesgo ideológico, fue el pilar de numerosos medios de comunicación, ligeramente liberales, durante la tiranía de Fernando VII: es imposible comprender la España de su época sin acudir a los numerosos periódicos que creó y en los que colaboró pues, por ejemplo fue con su artículo uno de los causantes del derrocamiento de María Cristina tras la ley de ayuntamientos. Y *El Censor* de Lista es fundamental para entender el pensamiento liberal del trienio de 1820-1823.

Se menciona brevemente a quien fue el pilar de la libertad de información, tema hoy candente, y sin la cual no existe libertad política. La obra de Larra está esperando una nueva relectura, siendo la compilación de Carlos Seco –que fue mucho tiempo catedrático en el centro en donde enseña el profesor Arroyo- todavía hoy la más documentada, fiable y atractiva en sus interpretaciones y fijación textual. Son también conocidos los trabajos de José Luis Varela, catedrático durante mucho tiempo en la misma facultad.

El recorrido histórico y literario que hace este manual es por otro lado muy amplio, lo que justifica su enfoque, y las pequeñas carencias que antes he señalado, insisto en que por deformación profesional, y que nada empecen para destacar el interés de esta obra.

De esta manera, este manual se convierte en un ensayo muy sugerente para el público a que va dirigido, y con destacados apuntes, por ejemplo en el tratamiento de la obra de Ramón Gómez de la Serna, de una manera muy original, por cuanto lo asocia a la radio, al teatro escénico, al radioteatro y al cine mudo. Ramón es un gran autor polifacético y de inmensa imaginación creativa, cuya importancia y valor crece con el tiempo, más allá del exceso que fue su obra y su persona.

La parte tercera, que abarca desde 1939 hasta nuestros días, será especialmente atractiva para los estudiantes de periodismo, pues allí queda más claramente de manifiesto la vinculación mencionada entre literatura y periodismo, sobre todo en Francisco Umbral que, como he comentado antes, ha sido el creador de todo un modo de entender la columna literaria, de comentario político libre. Y se completa con un dibujo de los recientes modos de aproximación cultural al hecho que estudio, con información muy actual.

Lo más relevante de este estudio es la gran información que demuestra su autor de muchos de los medios de comunicación que aquí se mencionan, con un catálogo muy completo de apuntes, que el lector/a visado/a puede completar y desarrollar.

Este texto, en fin, está escrito con seriedad y documentación, y constituye tanto un manual de uso universitario como un ensayo lleno de sugerencias e inquietudes.

Diego Martínez Torrón  
Catedrático de Literatura Española. Universidad de Córdoba